

Agatha Christie[®]

A stylized illustration of a large, multi-story house with a mansard roof and dormer windows. The house is rendered in a light grey color with black outlines. Several windows are illuminated from within, showing a warm yellow light. The background is a dark purple night sky with a large, bright white full moon on the left and several small white stars scattered across the sky. The foreground shows a dark, textured ground with some light blue and green patches, possibly representing a lawn or garden.

**TRES
RATONES
CIEGOS**

booker

Agatha Christie

Tres ratones ciegos

Traducción de C. Peraire del Molino



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Three Blind Mice and Other Stories Copyright © 1950 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

AGATHA CHRISTIE, POIROT, MARPLE, la firma de Agatha Christie y el logo del Monograma de AC son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Agatha Christie

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Traducción de C. Peraire del Molino

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © David Sierra
Primera edición en Colección Booket: julio de 2021

Depósito legal: B. 9.365-2021
ISBN: 978-84-08-24447-9
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Tres ratones ciegos

Hacía mucho frío, y el cielo, encapotado y gris, amenazaba nieve. Un hombre enfundado en un abrigo oscuro, con una bufanda subida hasta las orejas y el sombrero calado hasta los ojos, avanzó por la calle Culver y se detuvo ante el número 74. Apretó el timbre y lo oyó resonar en los bajos de la casa.

Mistress Casey, que se hallaba fregando los platos muy atareada, dijo amargamente:

—¡Maldito timbre! Nunca la deja a una en paz.

Jadeando, subió los escalones del sótano para abrir la puerta.

El hombre, cuya silueta se recortaba contra el lóbrego cielo, le preguntó con voz ronca:

—¿Mistress Lyon?

—Segundo piso —informó mistress Casey—. Puede usted subir. ¿Le espera?

El hombre afirmó despacio con la cabeza.

—¡Oh! Bueno, suba y llame.

Le observó mientras subía la escalera, cubierta por una alfombra raída. Más tarde dijo que le había producido una «extraña impresión». Pero en aquellos momentos sólo pensó que debía de sufrir un fuerte resfriado que le hacía temblar de aquella forma..., algo nada extraño con aquel tiempesito.

Cuando el hombre llegó al primer rellano de la escalera

comenzó a silbar suavemente la tonadilla de *Tres ratones ciegos*.

Molly Davis dio unos pasos hacia atrás en la carretera para admirar el letrero recién pintado de la empalizada:

MONKSWELL MANOR
CASA DE HUÉSPEDES

Hizo un gesto de aprobación. Realmente tenía un aspecto muy profesional. O tal vez podría decirse *casi* profesional, ya que la última «a» de «casa» bailaba un poco y el final de «Manor» estaba algo apretujado; pero, en conjunto, Giles lo había hecho muy bien. Era muy inteligente. ¡Sabía hacer tantas cosas! Molly no cesaba de descubrir nuevas virtudes en su esposo. Hablaba tan poco de sí mismo que sólo muy lentamente iba conociendo sus talentos. Un exmarino siempre es un hombre mañoso, se decía.

Pues bien, Giles tendría que hacer uso de todos sus talentos en su nueva aventura, ya que ninguno de los dos tenía la menor idea de cómo dirigir una casa de huéspedes. Pero era divertido y les resolvía el problema del alojamiento.

Había sido idea de Molly. Cuando murió tía Katherine y los abogados le escribieron comunicándole que le había dejado Monkswell Manor, la reacción natural de ambos jóvenes fue vender aquella propiedad. Giles le preguntó:

—¿Qué aspecto tiene?

Y Molly había contestado:

—Oh, es una casona antigua, llena de muebles victorianos pasados de moda. Tiene un jardín bastante bonito, pero desde la guerra está muy descuidado; sólo quedó un viejo jardinero.

De modo que decidieron venderla, reservándose única-

mente el mobiliario preciso para amueblar una casita o un piso para ellos.

Pero en el acto surgieron dos dificultades. En primer lugar no se encontraban pisos ni casas pequeñas, y en segundo lugar todos los muebles eran enormes.

—Bueno —decidió Molly—, tendremos que venderlo todo. Supongo que la comprarán.

El agente les aseguró que en aquellos días se vendía cualquier cosa.

—Es muy probable que la adquieran para instalar un hotel o casa de huéspedes, en cuyo caso podría ser que se quedaran con el mobiliario completo. Por suerte la casa está en muy buen estado. La difunta miss Emory hizo notables reformas y la modernizó precisamente antes de la guerra, y apenas se ha deteriorado. Oh, sí, se conserva muy bien.

Y entonces fue cuando a Molly se le ocurrió la idea.

—Giles —le dijo—, ¿por qué no la convertimos nosotros en casa de huéspedes?

Al principio su esposo se burló de ella, pero Molly insistió.

—No es necesario que tengamos a mucha gente..., por lo menos al principio. Es una casa fácil de llevar; tiene agua fría y caliente en los dormitorios, calefacción central y cocina de gas. Y podríamos tener gallinas y patos que nos proporcionarían huevos, y plantar verduras en el huerto.

—¿Y quién haría todo el trabajo...? Es muy difícil encontrar servicio.

—Oh, lo haremos nosotros. En cualquier sitio en que vivamos tendremos que hacerlo, y unas cuantas personas más no representan demasiado trabajo. Cuando hayamos empezado podemos hacer que venga una mujer a ayudarnos en la limpieza. Con sólo cinco personas que nos pagasen siete guineas por semana...

Molly se abismó en optimistas cálculos mentales.

—Y además, Giles —concluyó—, sería nuestra propia casa. Con nuestras cosas. Y me parece que si no nos decidimos por ésta, vamos a tardar años en encontrar otro sitio donde vivir.

Giles tuvo que admitir que aquello era cierto. Habían pasado tan poco tiempo juntos después de su agitado matrimonio que ambos estaban deseosos de instalar ya su hogar definitivo.

Así es que el gran experimento pasó a ser puesto en práctica. Publicaron anuncios en los periódicos de la localidad y en *The Times* de Londres, y obtuvieron varias respuestas.

Y aquel día precisamente iba a llegar el primero de sus huéspedes. Giles había salido temprano en el coche para tratar de adquirir varios metros de alambrada que habían pertenecido al Ejército y que se anunciaban en venta al otro lado del condado. Molly tuvo que ir andando hasta el pueblo para hacer las últimas compras.

Lo único malo era el tiempo. Durante los dos últimos días había sido extremadamente frío, y ahora comenzaba a nevar. Molly se apresuró por el camino mientras espesos copos se fundían sobre el impermeable y su rizado y brillante cabello. El parte meteorológico había sido sumamente descorazonador: se preveían intensas nevadas.

Era de esperar que no se helaran las cañerías. Era una lástima que fueran a salirles mal las cosas cuando acababan de empezar. Miró su reloj. ¡Eran más de las cinco! Giles ya habría vuelto y se estaría preguntando por dónde andaba ella.

—He tenido que volver al pueblo a comprar algunas cosas que había olvidado —le diría.

Y él preguntaría:

—¿Más latas de conserva?

Siempre bromeando con eso; en la actualidad su despensa estaba bien provista para casos de apuro.

Y ahora, pensó Molly mirando al cielo preocupada, parecía que muy pronto iban a empezar los apuros.

La casa estaba vacía. Giles aún no había regresado. Molly fue primero a la cocina y luego subió a revisar los dormitorios recién preparados. Mistress Boyle, en la habitación sur, la de los muebles de caoba. El mayor Metcalf, en el cuarto azul, de roble. Mister Wren, en el ala este, en el del mirador. Todos eran bonitos..., y ¡qué suerte que tía Katherine tuviera un surtido tan espléndido de ropa de cama! Molly ahuecó un edredón y volvió a bajar. Era casi de noche, y la casa le pareció de repente muy silenciosa y vacía. Era una propiedad solitaria, situada a tres kilómetros del pueblo. A tres kilómetros, pensó Molly, de cualquier parte.

A menudo se había quedado sola en la casa, pero nunca hasta aquel momento había tenido esa sensación de soledad.

La nieve batía blandamente contra los paneles de la ventana, produciendo un susurro inquietante... ¿Y si Giles no pudiera regresar? ¿Y si la capa de nieve fuese tan espesa que no dejara avanzar al automóvil? ¿Y si tuviera que quedarse allí sola, tal vez durante varios días?

Contempló la cocina, grande y confortable, que parecía reclamar una cocinera rolliza que la presidiese moviendo las mandíbulas rítmicamente al comer pasteles y beber té muy cargado, teniendo a un lado de la mesa a un ama de llaves entrada en años, al otro una doncella sonrosada y enfrente una limpiadora que las miraría con ojos asustados. Y en vez de eso, allí estaba ella sola. Molly Davis, representando un papel que aún no encontraba muy natural. Toda su vida, hasta ese preciso instante, parecía irreal. Lo mismo que Giles. Estaba representando un papel, sólo representando...

Una sombra pasó ante la ventana y Molly se sobresaltó. Un desconocido se acercaba quedamente. La mujer oyó abrir la puerta lateral. El desconocido se detuvo en el um-

bral, sacudiéndose la nieve antes de penetrar en aquella casa vacía.

Y de pronto se tranquilizó.

—¡Oh, Giles! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto!

—¡Hola, cariño! ¡Menudo tiempecito! ¡Cielos, estoy congelado!

Giles golpeó el suelo con los pies y se frotó las manos. Automáticamente, Molly cogió el abrigo que él había arrojado, como de costumbre, sobre el arcón de roble y lo colgó en la percha después de sacar de sus bolsillos la bufanda, un periódico, un ovillo de cordel y el correo de la mañana. Se dirigió a la cocina, dejó todo aquello encima de la mesa y puso la olla sobre el fogón de gas.

—¿Has conseguido la alambrada? —le preguntó—. Has tardado mucho.

—No era de la que yo quiero. No nos hubiera servido para nada. ¿Y tú qué has estado haciendo? Me refiero a que no habrá llegado nadie todavía, ¿no?

—Mistress Boyle no vendrá hasta mañana.

—Pero el mayor Metcalf y míster Wren tendrían que haber llegado hoy.

—El mayor Metcalf ha enviado una postal diciendo que no podrá llegar hasta mañana.

—Entonces a cenar sólo tendremos a míster Wren. ¿Cómo te lo imaginas? Yo, como un funcionario público retirado.

—No, creo que es un artista.

—En ese caso —repuso Giles—, será mejor que le cobremos una semana por adelantado.

—Oh, no, Giles; trae equipaje. Si no paga nos quedaremos con él.

—¿Y si luego resulta que consiste sólo en piedras envueltas en papel de periódico? Molly, la verdad es que no tenemos la menor idea de cómo llevar este negocio. Espero que no se den cuenta de nuestra inexperiencia.

—Seguro que mistress Boyle lo descubre —dijo Molly—. Es de esa clase de mujeres.

—¿Cómo lo sabes? ¡Si aún no la has visto!

Molly le volvió la espalda, y extendiendo un papel sobre la mesa fue a buscar un pedazo de queso y comenzó a rallarlo.

—¿Qué es esto? —quiso saber su esposo.

—Pues será un exquisito pastel de queso galés —le informó—. Miga de pan y patata chafada, y sólo un poquitín de queso para justificar su nombre.

—Eres una cocinera estupenda —dijo Giles con admiración.

—¿Tú crees? Sólo puedo hacer una cosa a la vez. Es el hacer varias al mismo tiempo lo que demuestra que alguien tiene mucha práctica. El desayuno es lo peor.

—¿Por qué?

—Porque se junta todo..., huevos con jamón..., café con leche..., las tostadas. La leche se sale, o se queman las tostadas. El jamón se carboniza o los huevos se cuecen demasiado. Hay que vigilarlo todo con la velocidad de un gato escaldado.

—Tendré que espiarte mañana por la mañana, sin que tú te des cuenta, para contemplar esa encarnación del gato escaldado.

—Ya hierve el agua —dijo Molly—. ¿Quieres que llevemos la bandeja a la biblioteca y escuchemos la radio? No tardarán en dar las noticias.

—Y como parece que vamos a pasar la mayor parte del tiempo en la cocina, veo que tendremos que instalar un aparato aquí también.

—Sí. ¡Qué bonitas son las cocinas! Ésta me encanta. Creo que es lo más bonito de la casa, con su mesa, la vajilla y la sensación de grandeza que da esta enorme cocina económica... Aunque, naturalmente, me alegro de no tener que cocinar con ella.

—Supongo que debe de consumir en un día nuestra ración de combustible de todo un año.

—Casi seguro. Pero piensa en las cosas que se asaban aquí, solomillos de ternera y piernas de cordero. Grandes calderos en los que se preparaba mermelada casera de fresas con cantidades y cantidades de azúcar. ¡Qué época tan agradable la victoriana! ¡Y qué cómoda! Fíjate en los muebles de arriba, grandes, sólidos y bastante adornados, pero, ¡oh!, comodísimos; amplios armarios para la mucha ropa que se solía tener. Y todos los cajones se abren y cierran con una facilidad extraordinaria. ¿Te acuerdas de aquel pisito moderno que nos alquilaron? Todo se atascaba, las puertas no cerraban, y si se cerraban, luego no podían abrirse.

—Sí, eso es lo malo de las casas modernas. Si se estropean estás perdido.

—Bueno, vamos a escuchar las noticias.

Las noticias consistieron principalmente en tristes pronósticos sobre el tiempo, el acostumbrado punto muerto de los asuntos de política internacional, discusiones en el Parlamento y un asesinato en la calle Culver, en Paddington.

—¡Bah! —dijo Molly, desconectando la radio—. Sólo miseria. No voy a escuchar otra vez las recomendaciones para que economicemos combustible. ¿Qué es lo que esperan? ¿Que nos quedemos helados? No creo que haya sido un acierto inaugurar nuestra casa de huéspedes en invierno. Debimos haber esperado hasta la primavera. —Y agregó en otro tono de voz—: Quisiera saber qué aspecto tenía esa mujer que han asesinado.

—¿Mistress Lyon?

—¿Se llamaba así? Me pregunto quién la asesinó y por qué...

—Tal vez tuviera una fortuna escondida debajo de un ladrillo.

—Cuando se dice que la policía está deseando interro-

gar a un hombre que «se vio por la vecindad», ¿significa eso que él es el presunto asesino?

—Por lo general creo que sí. Es simplemente un modo de decirlo.

La aguda vibración del timbre les hizo sobresaltarse.

—Es la puerta principal —dijo Giles—. ¿Será el asesino? —agregó a modo de chiste.

—En una comedia, desde luego, lo sería. Date prisa. Debe de ser míster Wren. Ahora veremos quién tiene razón, si tú o yo.

Míster Wren entró acompañado de un ramalazo de nieve y todo lo que Molly pudo distinguir desde la puerta de la biblioteca fue su silueta recortándose contra el blanco mundo exterior.

«Qué parecidos son todos los hombres civilizados», pensó Molly. Abrigo oscuro, sombrero gris y una bufanda alrededor del cuello.

Giles cerró la puerta mientras míster Wren se quitaba la bufanda y el sombrero y dejaba la maleta en el suelo; todo ello sin parar de hablar. Tenía una voz aguda, casi molesta, y la luz del recibidor lo reveló como un hombre joven, de cabellos rubios rojizos, tostado por el sol y de ojos claros e inquietos.

—Muy malo, demasiado malo —decía—. El invierno inglés ha llegado a su punto culminante y hay que ser muy valiente para plantarle cara. ¿No le parece? He tenido un viaje terrible desde Gales. ¿Es usted mistress Davis? ¡Encantado! —Molly sintió su mano aprisionada en una mano huesuda—. Es completamente distinta de como pensaba. Yo me la imaginaba como la viuda de un general del ejército indio, muy triste, una verdadera rinconera victoriana... Y es celestial, sencillamente celestial. ¿Tienen flores de cera? ¿O aves del paraíso? Oh, este lugar me va a encantar.

Temía que fuera demasiado anticuado, muy, muy... *manor*. Y es maravilloso, auténticamente victoriano. Dígame, ¿tienen alguno de esos aparadores de caoba..., de caoba rojiza con grandes frutas talladas?

—Pues, a decir verdad —dijo Molly, casi sin aliento ante aquel torrente de palabras—, sí lo tenemos.

—¡No! ¿Puedo verlo enseguida? ¿Está aquí?

Su velocidad era desconcertante. Ya había hecho girar el pomo de la puerta del comedor y encendido la luz. Molly le siguió, consciente de la mirada desaprobadora de su marido.

Míster Wren pasó sus dedos largos y angulosos por el rico trabajo de talla del macizo aparador, lanzando exclamaciones apreciativas.

—¿No tienen una gran mesa de caoba? ¿Cómo es que han puesto todas esas mesitas pequeñas?

—Pensamos que los huéspedes lo preferirían así —repuso Molly.

—Querida, tiene toda la razón. Me he dejado llevar por mi amor a la época. Claro que de tener la gran mesa habría que sentar a su alrededor a la familia adecuada. Un padre severo, con una notable barba, una madre prolífica, once niños; una torva institutriz y alguien llamado «pobre Henriette...», la pariente pobre que es la ayuda de todos y se siente muy agradecida porque le han dado cobijo. Miren esa chimenea, imagínense las llamas que lamen el hogar quemando la espalda de la pobre Henriette.

—Le subiré la maleta a la habitación —dijo Giles—. ¿La habitación del ala este?

—Sí —repuso Molly.

Míster Wren salió al vestíbulo mientras Giles subía la escalera.

—¿Es una cama con dosel? —preguntó.

—No —repuso Giles antes de desaparecer por un recodo de la escalera.

—Me parece que no voy a ser del agrado de su esposo —dijo míster Wren—. ¿Dónde ha estado? ¿En la marina?

—Sí.

—Me lo figuraba. Son mucho menos tolerantes que en el ejército y las fuerzas aéreas. ¿Cuánto tiempo llevan casados? ¿Está usted muy enamorada de él?

—Tal vez deseará usted subir a ver si le gusta su habitación.

—Sí. Perdón. He estado algo impertinente. Pero la verdad es que quiero saberlo. Quiero decir, que es interesante conocer la vida de los demás, ¿no le parece? Me refiero a lo que sienten y piensan, no a lo que son y a lo que hacen.

—Supongo que usted es míster Wren —dijo Molly.

El joven se quedó cortado.

—Pero ¡qué tonto...! Nunca se me ocurre aclarar las cosas primero. Sí, yo soy Christopher Wren... No se ría. Mis padres eran una pareja muy romántica y esperaban que yo llegara a ser arquitecto, y por eso les pareció una buena idea llamarme Christopher. De ese modo ya tenía mucho ganado.

—¿Y es usted arquitecto? —preguntó Molly, incapaz de ocultar su regocijo.

—Sí, lo soy —repuso míster Wren, triunfante—. Por lo menos estoy muy cerca de serlo. Todavía no he terminado la carrera. Pero la verdad es que soy un buen ejemplo de un deseo que por una vez se cumplió. Y si quiere que le diga la verdad, me temo que ese nombre me servirá de estorbo. Nunca llegaré a ser un Christopher Wren. No obstante, los Nidos Prefabricados de Chris Wren puede que lleguen a tener fama.

Giles bajaba la escalera y Molly dijo:

—Ahora le enseñaré su habitación, míster Wren.

Cuando su mujer volvió abajo, Giles le preguntó:

—Bueno, ¿le han gustado los muebles de roble?

—Tenía tantas ganas de dormir en una cama con dosel que le he dado el cuarto rosa —dijo Molly.

Giles gruñó algo que terminaba en «ese joven».

—Oye, Giles —Molly adoptó una expresión severa—, esto no es una reunión de invitados, sino un negocio. Y te guste o no, Christopher Wren...

—No me gusta —la interrumpió Giles.

—... tienes que aguantarte. Nos paga siete guineas a la semana y eso es todo lo que importa.

—Si las paga, sí.

—Se ha comprometido a pagarlas. Tenemos su carta.

—¿Y le has llevado tú la maleta hasta la habitación rosa?

—La ha llevado él, naturalmente.

—Muy galante. Pero no te hubieras cansado cargando con ella. Desde luego no es probable que esté llena de piedras envueltas en papeles. Es tan ligera que parece que esté vacía.

—¡Chist! Ahí viene —dijo Molly avisándole.

Acompañaron a Christopher Wren a la biblioteca, que presentaba un aspecto muy acogedor, con sus butacones y el hogar de la chimenea encendido. Molly le dijo que la cena se servía en media hora, y contestando a sus preguntas le explicó que de momento él era el único huésped.

—En este caso —dijo Christopher—, ¿le molestaría que fuera a la cocina a ayudarla? Puedo hacer una tortilla, si me lo permite —ofreció para que Molly accediera.

Así fue cómo Christopher se metió en la cocina y luego les ayudó a secar los platos y los vasos.

Molly se daba cuenta de que todo aquello no era propio de una casa de huéspedes formal. Y a Giles no le había gustado nada. Oh, bueno, pensó Molly antes de quedarse dormida: mañana, cuando estén los demás, será distinto.

La mañana llegó acompañada de un cielo oscuro y de nieve. Giles se mostraba preocupado y Molly, desanimada.

Con aquel tiempo todo iba a resultar extremadamente difícil.

Mistress Boyle llegó en el taxi de la localidad, pertrechado con cadenas en las ruedas, y el conductor le dio malas noticias sobre el estado de la carretera.

—¡Vaya nevada va a caer antes de la noche! —profetizó. Y la propia mistress Boyle no contribuyó a desvanecer el pesimismo reinante. Era una mujer alta, de aspecto desagradable, voz campanuda y ademanes autoritarios. Su natural agresividad se había acrecentado con el cargo de notable importancia militar que había desempeñado durante la guerra.

—De haber imaginado que esto no estaba en marcha nunca se me habría ocurrido venir —dijo—. Pensaba que era una casa de huéspedes debidamente establecida.

—No tiene por qué quedarse si no es de su agrado, mistress Boyle —dijo Giles.

—No, desde luego, y no pienso hacerlo.

—Tal vez prefiera que llame a un taxi, mistress Boyle —continuó Giles—. Las carreteras todavía no están bloqueadas. Si ha habido algún malentendido, lo mejor será que se aloje en otro sitio. —Y agregó—: Tenemos tantas reservas de habitaciones que podremos alquilar la suya sin dificultad... Por cierto, vamos a subir el precio de la pensión.

Mistress Boyle le lanzó una mirada aplastante.

—Desde luego que no voy a marcharme sin haber probado antes cómo es este sitio. ¿Puede darme una toalla de baño más grande, mistress Davis? No estoy acostumbrada a secarme con un pañuelo de bolsillo.

Giles hizo una mueca a Molly a espaldas de mistress Boyle.

—Querido, has estado magnífico —dijo Molly—. ¡Cómo le has parado los pies!

—Las personas agresivas enseguida se amansan cuando se las trata con su propia medicina —dijo Giles.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Molly—. Me pregunto qué tal se llevará con Christopher Wren.

—Pues mal —dijo Giles.

Y desde luego, aquella misma tarde mistress Boyle le decía a Molly con evidente desagrado:

—Es un joven muy particular.

El panadero, con aspecto de un explorador del Ártico, les trajo el pan, advirtiéndoles que tal vez no pudiera efectuar el próximo reparto.

—Todos los caminos se están cerrando por la nieve —les anunció—. Espero que tengan provisiones suficientes para aguantar unos días.

—¡Oh, sí! —contestó Molly—. Tenemos gran cantidad de latas de conserva. Aunque será mejor que me quede con más harina.

Recordaba vagamente que los irlandeses hacían un pan llamado de soda. En caso de llegar a lo peor, tal vez ella pudiera hacerlo. El panadero también les trajo los periódicos, y Molly los extendió sobre la mesa de la cocina.

Las noticias del extranjero habían perdido importancia. El tiempo y el asesinato de mistress Lyon ocupaban la primera página.

Se hallaba contemplando la borrosa reproducción del rostro de la difunta cuando la voz de Christopher Wren dijo a sus espaldas:

—Un crimen bastante bajo, ¿no le parece? Una mujer de aspecto tan vulgar y en semejante calle. ¿No es verdad que tras esto puede esconderse cualquier historia?

—No tengo la menor duda de que esa mujer ha tenido el fin que merecía —dijo mistress Boyle con un bufido.

—¡Oh! —Míster Wren se volvió hacia ella con fingido interés—. De modo que usted lo considera un crimen pasional, ¿verdad?

—No he dicho nada de eso, míster Wren.

—Pero fue estrangulada, ¿no es así? Quisiera saber...

—dijo extendiendo sus manos largas y blancas— lo que debe de sentirse al estrangular a alguien.

—¡Por favor, míster Wren!

Christopher se acercó a ella bajando la voz.

—¿Ha pensado usted, mistress Boyle, lo que debe experimentarse al ser estrangulado?

Mistress Boyle volvió a exclamar:

—¡Por favor, míster Wren!

Molly leyó en voz alta y apresurada: *«El hombre que la policía está deseando interrogar lleva un abrigo oscuro y un sombrero claro, es de mediana estatura y se cubre el rostro con una bufanda de lana».*

—En resumen —concluyó Christopher Wren—, tiene igual aspecto que otro cualquiera.

Rio.

—Sí —dijo Molly—, que otro cualquiera.

En su despacho de Scotland Yard, el inspector Parminter le decía al sargento detective Kane:

—Ahora recibiré a esos dos obreros.

—Sí, señor.

—¿Qué aspecto tienen?

—De clase humilde, decentes y de reacciones bastante lentas. Parecen formales.

—Bien —dijo el inspector Parminter.

Y dos hombres vestidos con sus mejores trajes y muy nerviosos fueron introducidos en el despacho. Parminter los clasificó de una sola ojeada. Era un experto en conseguir tranquilizar a la gente.

—De modo que ustedes creen tener algunas informaciones que podrían ser útiles en el caso Lyon —les dijo—. Han sido muy amables al venir. Siéntense. ¿Quieren fumar?

Aguardó a que encendieran los cigarrillos.

—Hace un tiempo terrible.

—Cierto, señor.

—Bien, ahora veamos de qué se trata.

Los dos hombres se miraron azorados al ver llegado el difícil momento de relatar lo que sabían.

—Vamos, Joe —dijo el más grandote.

Y Joe comenzó a hablar.

—Ocurrió así, sabe. No teníamos ni una cerilla.

—¿Dónde fue eso?

—En la calle Jarman. Estamos trabajando en la calzada, en las conducciones de gas.

El inspector Parminter asintió con la cabeza. Más tarde pasaría a detallar exactamente el tiempo y el lugar. La calle Jarman se hallaba cerca de la calle Culver, donde se había registrado la tragedia.

—No tenían ustedes ni una cerilla —repitió para animarle a continuar.

—No. Había terminado mi caja y el encendedor de Bill no quiso funcionar, así que le dije a un sujeto que pasaba: «¿Podría darnos una cerilla, señor?». No crea que hacía nada en particular. Sólo pasaba por allí, como muchos otros, y se me ocurrió pedírsela a él.

Parminter asintió de nuevo.

—Bueno, nos dio una caja sin decir nada y Bill le dijo: «¡Qué frío!», y él se limitó a contestar casi en un susurro: «Sí, desde luego». Yo pensé que debía de estar muy resfriado. Llevaba la bufanda hasta las orejas. «Gracias, señor», dije devolviéndole sus cerillas, y se marchó tan deprisa que cuando me di cuenta de que se le había caído algo era ya demasiado tarde para llamarle. Era una libretita que debió de caérsele del bolsillo al sacar las cerillas. «¡Eh, señor!», le grité. «Se le ha caído algo.» Pero al parecer no me oía y dobló la esquina a toda prisa, ¿no es cierto, Bill?

—Sí —repuso el aludido—, como un conejo escurridizo.

—Fue en dirección a Harrow Road y a la velocidad a la que iba ya no pudimos alcanzarle; de todas formas era un

poquitín tarde... y, total, por un librito de notas..., no es lo mismo que una cartera o algo así, tal vez no fuese importante. «Extraño sujeto», le dije a Bill. «El sombrero calado hasta los ojos, abrigo abrochado hasta arriba como los ladrones de las películas.» ¿No es cierto, Bill?

—Eso es lo que me dijiste.

—Es curioso que lo dijera, aunque entonces no pensé nada malo. Sólo que tendría prisa por llegar a su casa, y no se lo reproché. ¡Con el frío que hacía!

—Desde luego —convino Bill.

—Entonces le dije a éste: «Echemos un vistazo a esta libretita y veamos si tiene importancia». Bueno, señor, y lo hice. «Sólo hay un par de direcciones», le comenté a Bill, «calle Culver, 74, y otra de una *manor* de las afueras».

Joe prosiguió su historia con cierto gusto, ahora que había cogido el hilo.

—«Calle Culver, 74», le dije a Bill. «Esto está al volver la esquina. Cuando terminemos el trabajo pasamos por ahí...», y entonces vi unas palabras escritas al principio de la página. «¿Qué es esto?», le pregunté a Bill. Y él cogió la libreta de notas y leyó: «Tres ratones ciegos», me dijo, y en ese preciso momento..., sí, en aquel mismo momento oímos una voz de mujer que gritaba: «¡Asesino!», un par de calles más abajo.

Joe hizo una pausa para que su relato impresionara más.

—Y le dije a Bill: «Oye, ve a ver qué pasa». Y al cabo de un rato volvió diciendo que había un montón de gente y la policía, y que una mujer se había cortado la yugular o había sido estrangulada, y que fue la patrona quien la encontró y gritó llamando a la policía. «¿Dónde ha sido?», le pregunté: «En la calle Culver». «¿Qué número?», le pregunté, y me dijo que no se había fijado.

Bill carraspeó, escondiendo los pies, avergonzado.

—Y yo dije: «Iremos a asegurarnos», y descubrimos que era el número 74. «Tal vez», dijo Bill, «esa dirección de la

libretita no tenga nada que ver con esto». Pero yo le contes-
té que tal vez sí, y de todas maneras, después de conside-
rarlo bien y de haber oído que la policía deseaba interrogar
a un hombre que había salido de aquella casa a esa hora,
vinimos para preguntar si podíamos ver al caballero encar-
gado de este asunto, y estoy seguro y espero no haberle
hecho perder el tiempo.

—Han obrado muy bien —dijo Parminter—. ¿Han traí-
do esa libretita? Gracias. Ahora...

Sus preguntas fueron precisas y profesionales. Obtuvo
el lugar exacto, la hora, datos... Lo único que no consiguió
fue la descripción del hombre que había perdido la libreti-
ta. Pero en cambio le hicieron otra de una patrona presa de
un ataque de histerismo y de un abrigo abrochado hasta
arriba, un sombrero calado hasta las orejas y una bufanda
ocultando la parte baja del rostro, una voz que era sólo un
susurro, unas manos enguantadas.

Cuando los dos hombres se marcharon permaneció
contemplando aquel librito, que dejó abierto sobre la mesa
y que iría al departamento correspondiente para que com-
probasen si había en él huellas digitales. Pero ahora su
atención se hallaba concentrada en aquellas dos direccio-
nes y en la línea de letras menudas escritas al principio de
la página.

Volvió la cabeza al entrar el sargento Kane.

—Venga, Kane, y mire esto.

Kane lanzó un silbido al leer por encima de su hombro:

—«¡Tres ratones ciegos!» Bueno, que me cuelguen si...

—Sí. —Parminter abrió un cajón y sacó media hoja de
papel que puso encima de la mesa junto a la libretita de
notas, y que había sido hallada, prendida con un alfiler, en
la ropa de la mujer asesinada.

En el papel se leía: «Éste es el primero». Y debajo un di-
bujo infantil de tres ratones y un fragmento de pentagrama
con unas notas.